

—Cuando las cosas se hacen bien —me decía uno de estos venerables trabajadores, encorvado sobre el surco de un hortal junto al río, —bien parecen. Y aquí, con el régimen colectivo, no hay más que ver.

En efecto, no hay más que tener ojos para ver y oídos para oír. Los progresos sorprendentes de la Colectividad se aprecian fácilmente.

Ya he precisado en cifras en el anterior capítulo, cifras bien elocuentes por cierto, el nivel medio de posibilidades adquisitivas de cada colectivizado, así como también la diferencia en ventajas de cada colectivista con relación a su situación económica antes del 19 de julio, cuando se desenvolvían dentro de normas de tipo individualista. Todos los sábados, los colectivistas van a la Caja central de la Colectividad, firman su nómina y cobran su dinero. En las Cooperativas de la Colectividad adquieren los elementos precisos para su subsistencia. A mayor ahorro, mayor capacidad adquisitiva de los vecinos.

Cuando un colectivista decide casarse, se le da una semana de vacaciones con los haberes corrientes, se le busca casa —las viviendas también están colectivizadas— y se le facilitan muebles por medio de la correspondiente Cooperativa, muebles cuyo valor amortiza con el tiempo sin ningún agobio. Todos los servicios de la colectividad están prestos a la llamada de sus necesidades. Desde que el hombre nace hasta que muere, la Colectividad le protege, cuida de sus derechos y de sus deberes, que por sí mismo fija democráticamente en las asambleas. No surgen discrepancias algunas entre los gremios representativos de las distintas ramas de la producción. El colectivista lo tiene todo al alcance de la mano. Pan, trabajo y medios de perfección y superación.

Los niños son objeto del especialísimo cuidado y de la atención permanente de la colectividad. No trabajan hasta los catorce años, por ninguna razón ni excusa. Ha terminado la explotación del niño por los propios familiares, obligados en otro tiempo, las más de las veces, por la miseria de los hogares en donde nacieran, a abandonar las tareas escolares antes de tiempo. Las madres y, sobre todo, las mujeres en trance de ser madres, son objeto asimismo de especial trato, sobre todo en el período de la lactancia. Están relevadas de todo trabajo.

Las jóvenes todas trabajan en los talleres en donde se cosen y confeccionan prendas para los combatientes, en los campos o en las oficinas.

Graus todo es una colmena de gente laboriosas y abnegadas, regida por los toques de la sirena, que marca las horas de trabajo y de descanso a todos los vecinos.

Se podrá quizá colegir de todas estas realidades sencillas que enumero, que un régimen arcádico de la naturaleza del que estudiamos no puede ser duradero y que acaba en estas formas de convivencia anteriormente esbozadas. Nadie da pábulo a tal reacción crítica. Porque todo ésto, con ser mucho, es bien poco.

El régimen en cuestión, régimen de vida, de convivencia y de economía disciplinada, no se asienta en una organización empírica, sino perfectamente ajustada a un sistema de orden técnico.

Varias horas he pasado estudiando el montaje de la oficina desde donde se rige la vida de la Colectividad en sus múltiples aspectos.

Todas las ramas de la economía comarcal están perfectamente estudiadas en su volumen inicial, en su desarrollo, en las posibilidades de este desarrollo. Y no por un procedimiento de ojo de buen cubero, sino con arreglo a la exigencia del más depurado rigor estadístico. Cuando el secretario general de la Colectividad, compañero Portella, me llevó al departamento de estadística y tiro de fichero, para informarse de un modo preciso de la marcha de los trabajos y de las cifras de producción de todo el pueblo, estuve a punto de desvanecerme. Ya podría darme por satisfecho el organismo del Estado que mejor funcione, el que disponga de funcionarios más competentes y preparados, el más riguroso en la precisión de cifras, con parecerse algo a la Organización de la Colectividad de Graus. A cuantos acojan esta afirmación con escepticismo, me permito aconsejarles que comprueben la absoluta certidumbre de ella sobre el terreno.

Todo está sistemáticamente organizado. Cada rama de la producción tiene su fichero con los datos exactos de su desarrollo y de sus posibilidades al día, a la hora. De esta manera nada se desperdicia y todo alcanza un punto máximo de una ordenación segura y real. Sin este rigor en la sistematización en todos los órdenes, ¿se hubieran podido llevar a cabo las gigantes obras de reconstrucción que ha